

ROMAIN ROLLAND
GOETHE Y BEETHOVEN

TRADUCCIÓN DE LUIS CERNUDA

f

2023

FIRMAMENTO

PRELUDIO

Cuando, pasados los cincuenta años, se emprende un largo viaje al fondo de la fragua del Cíclope —*Beethoven: Las grandes épocas creadoras*—, viaje que exige años de labor, no quisiera la prudencia detenerse en el camino. ¡Derecho hacia el fin!

Pero nunca me ha preocupado la llegada. El camino es lo que me interesa... Con tal de que exista en la dirección escogida. No me apresuro. Débil de salud y, desde niño, siempre amenazado de interrupción, he vivido como si tuviese cien años por delante o como si fuera a morir al día siguiente: ambas cosas son iguales para mí. Sólo importa entregarse todo a la tarea.

En el camino del *Beethoven* me crucé con varias figuras que me detuvieron: mucho tienen que contarme y siempre estoy dispuesto a escuchar; desde que nací soy confidente de vivos y muertos. Aquí hay dos que mezclaron los hilos de su existencia a la de mi Beethoven. Una es Bettina, la loca y prudente: soñó su vida, pero sus ojos de sonámbula han visto hasta el fondo el sueño de los genios —Beethoven y Hölderlin—, ignorados para los más despiertos de aquel tiempo, anunciando además las revoluciones. El otro es el maestro y compañero de todos los días de la vida: Goethe. Aquel cuya obra innumerable he consultado periódicamente, desde los treinta años,

como otros, en tiempos pasados, a la hora en que cae el día y el pensamiento se recoge (Fausto que calla y sueña en la penumbra de la estancia), interrogaban su vieja Biblia. Ni una sola vez he vuelto de mi visita con la boca seca por una árida respuesta o los brazos cargados de principios muertos, de ideas abstractas y algún *a priori*, sino rejuvenecido por una ola de viva experiencia, ímpetu que, desde el fondo, brota de las fuentes. ¡Y no forman legión, ni siquiera entre los genios, aquellos que están en comunión permanente con el espíritu de la Tierra! Dos de estos íntimos de las «Madres» fueron Goethe y Beethoven. Pero uno —el sordo— escuchaba, sin ver, la llamada que subía desde las profundidades. El otro lo veía todo, sin oírlo totalmente. Y detrás, Bettina, ebria de amor y de sus sueños, ni veía, ni oía, sino que tanteaba, palpaba en la noche con sus dedos febriles.

Ofrezco a los lectores de mi *Beethoven* este *intermedio* de mi odiseico viaje por el mar interior de Beethoven. ¡Que, como yo, hagan alto en el país de Alcinoos!

En esta edad de los torbellinos me agrada respirar sin prisa y, tendido en el valle de Villeneuve, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, mirar —en los días de la nueva primavera, bajo las flores de los cerezos— la ronda eterna de los siglos por el cielo sin fondo... Aquí están de nuevo las conversaciones en las selvas de Bohemia, Teplitz, los dos gemelos: Goethe y Beethoven, y la amorosa elegía de Bettina, *Nina, la loca por amor...*

Componen este libro cuatro ensayos. El primero, el más largo, apareció hace tiempo en la revista *Europe*. Lo he revisado y completado. Los otros tres se refieren al mismo tema, pero enfrentándolo desde otros puntos

de vista. El problema de Goethe es tan vasto y, cien años después de su muerte, continúa tan vívido (porque es propio de la flecha de esta vida, una vez disparada, no detenerse más en su caza hacia la meta fugitiva), que me ha parecido más conforme con la verdad guardar a estos estudios independientes su agilidad de movimiento. La única esperanza que puede quedarme es aproximarlos a la incomparable plasticidad del gran modelo.

Una vez más es la música mi heroína. Y aquí no es sólo la compañera de Beethoven, el Dionysos. Es una musa, no la menos cara, del Apolo de Weimar. No se conoce esto de modo suficiente. El principal objeto de este libro es recordar a los lectores franceses que el poeta más grande de la Europa moderna pertenece a la hermandad de la música. Es el río donde confluyen los afluentes gemelos con todas las aguas de la tierra.

R. R.

GOETHE Y BEETHOVEN

I

Años 1811, 1812. El poderoso otoño y las vendimias. El oro de las selvas y el cielo rojo de los crepúsculos... Las dos antepenúltimas sinfonías y la última sonata para violín... Últimos días hermosos, últimos amores!... Y el encuentro de los dos soles, Beethoven y Goethe. Breve conjunción. Desde hacía siglos, habían preparado los destinos la curva de estos dos astros de la poesía y de la música. Ha llegado la hora. Ha pasado la hora. Se cruzaron y huyeron. Es necesario aguardar un nuevo período de mil años... ¡Cómo envidio a los ojos que los vieron! Miro esos ojos y las imágenes que duermen en su fondo. Veo en el estanque el reflejo del día que, por debajo del horizonte, se fue.

Los dos hombres se conocían hacía tiempo y desde lejos, pero desigualmente. Y, de los dos, el que tenía más amplia comprensión del otro era Beethoven.

Desde la infancia, se alimentaba de Goethe y le rendía culto². Le leía a diario. Goethe había sucedido a Klopstock en su corazón.

«... Klopstock quiere morir siempre. ¡Y ello ocurre bien pronto! Pero Goethe vive, y todos nosotros debemos vivir con él. Por esto permite tan bien que se le adapte a la música. Ninguno se adapta tan bien a la música...»³.

En su primera conversación con Bettina, en mayo de 1810, dijo cuánta fascinación ejercían sobre él las

poesías de Goethe, «no sólo por su contenido, sino por su ritmo...».

«... Me dispone y excita a la composición esta lengua que se organiza con tan elevado orden, como arquitectura levantada por la mano de los espíritus; en sí misma lleva ya el secreto de las armonías».

Bettina lo sorprende en pleno fuego, mientras compone dos *lieder* de Goethe. ¡Qué *lieder*! ¡Qué música...! El *Trocknet nicht, Thränen!* (*Voluptuosidad de la Melancolía*) y *Mignon*.

El mismo año escribe la música de *Egmont*. Y, desde 1808, pensaba poner en música *Fausto*⁴.

«Poner música» a un poema no era para él, como para la mayoría de los compositores, un trabajo de ilustración, un pintoresco comentario al texto poético; era un enlace con la poesía, carne y alma mezclados. No se ha notado lo bastante que las nebulosas palabras, en pos de la melodía, que le atribuye Bettina se refieren precisamente a la persecución de la idea goethiana que quiere transfundir en música:

«... En el brillante hogar del entusiasmo tengo que abandonar la melodía, porque escapa en todos sentidos⁵. (*Da muss ich denn von dem Brennpunkt des Begeisterung die Melodie nach allen Seiten hin ausladen*). La persigo, nuevamente la abrazo con pasión, veo cómo huye y se pierde en el caos de las impresiones, pronto la recupero con pasión renovada y no puedo alejarla: es necesario multiplicarla, con un espasmo de éxtasis, en todas las modulaciones; en el último momento, triunfo y la poseo; ¡aquella que perseguía el primer pensamiento! Y, mirad: ¡es una sinfonía...! Sí, la música, verdaderamente,

mediadora entre la vida de los sentidos y la vida del espíritu. (*Ja, Musik ist so recht die Vermittelung des geistigen Lebens zum Sinnlichen*). Quisiera hablar con Goethe. ¿Me comprendería...?».

Insiste: «La melodía es la vida sensual de la poesía. (*Melodie ist das sinnlichen Leber der Poesie*). ¿No es cierto que, por medio de la melodía, el contenido espiritual de una poesía se infiltra en nuestros sentidos? ¿No comunica la melodía de Mignon la entera *Stimmung* sensual del *lied*⁶? Y esta impresión, una vez sentida, ¿no excita el espíritu hacia nuevos alumbramientos...?».

Aquí, Bettina presta a Beethoven la intuición de un subconsciente musical mil veces más profundo y vasto que el pensamiento expresado con palabras —adelantándose así a Schopenhauer y Wagner—. Y volviendo a Goethe, redobra su llamada:

«¡Hablad de mí a Goethe! ¡Decidle que debe oír mis sinfonías! Entonces me concederá que la música es la entrada única e inmaterial en un mundo más alto del saber, mundo que envuelve al hombre sin que éste pueda poseerlo... Lo que de ella percibe el espíritu por medio de los sentidos es una revelación espiritual encarnada... Escribid a Goethe acerca de mí, si es que me comprendéis... También yo quiero, con todo mi corazón, que me instruya...».

Pero aquí, antes de proseguir nuestro camino, es necesario hacer alto un momento y pesar el valor del testimonio de Bettina.

Aunque en el curso de este ensayo no puedo intentar la resolución del «enigma» de esta mujer extraordinaria, a quien trataré de consagrar, en otra parte, un estudio

más preciso⁷, debo afirmar, en grandes líneas al menos, los datos del problema ante los ojos del lector, deduciendo las conclusiones a que he llegado.

Tenemos ahora medios para ver claramente en esa alma. Se ha publicado hace ya años su auténtica correspondencia con Goethe. En estudios críticos se ha realizado minuciosamente la comparación de textos⁸. A pesar de ciertas lagunas, debidas a la desaparición de cartas importantes, podemos hoy deslindar netamente, sobre todo en lo referente a la época que nos ocupa, lo cierto de lo posible y, esto último, de lo erróneo o imaginario. Y el enigma de Bettina sólo sigue existiendo para quienes no están habituados a las almas femeninas ni poseen el don de la simpatía, sin el cual nunca se abrirán las puertas ante la inteligencia.

No, nada tenía de *Sibila del Norte*, como la han llamado algunos de sus modernos historiadores, la pequeña Brentano de 1807 a 1810. (Porque, al descubrir un alma, es necesario distinguir primero la hora en que se la sorprende: nadie sigue siendo el mismo durante el curso de toda una vida, y menos que nadie una mujer como Bettina, entregada por completo a su tierno y loco corazón. Más tarde, los rasgos se modifican, la edad los pliega y convierte en mueca la sonrisa juvenil. No la vieron con idéntico favor los ojos de Goethe en 1825 y en 1807. Pero aquí debemos hablar de la pequeña *Mignon de veinte a veinticinco años*)⁹.

Mignon, así la veían sus íntimos, y también Goethe en los primeros días de su encuentro. Así se ve ella misma, desde que ha encontrado la imagen en *Wilhelm Meister*. Se identifica a esta figura, a su *Sehnsucht*, a su

destino, «en todo —dice ella— salvo en la muerte»: porque la posee el demonio de vivir.

De estatura menuda, la tez mate, ojos sombríos que parecen sin fondo, una masa de negros bucles¹⁰, vestida habitualmente con un largo y flotante vestido negro ceñido por un grueso cordón, igual que un peregrino; independiente de la moda y sin poder acomodarse a la estrecha corrección de la sociedad; incómoda en una silla, acurrucada con frecuencia sobre un taburete bajo o encaramada en el hueco de una ventana; unas veces viva y risueña con locura y otras sumergida en la melancolía: en el fondo, una gran soñadora, que ha soñado también la vida.

El joven Alois Bihler, que traza este retrato de ella¹¹ en el momento en que va a encontrar a Beethoven, no sabe cómo admirar y querer lo bastante a tan encantadora muchacha, a su rico espíritu, su fantasía semejante al curso de una fuente, su pasión poética, su gracia espontánea y la bondad de su corazón. A los veinticinco años, aparentando dieciocho apenas, nada hay en ella falso o adulterado: generosidad sin límites, tanto de espíritu como de corazón, y una maravillosa espontaneidad.

1810: Es el año en que Goethe, largo tiempo reservado, está más enamorado de ella; porque él tampoco ha podido resistirse a su encanto¹². Es el año en que ella, cuya vida entera estuvo sellada por el amor a Goethe —única y alucinada, con el místico anillo que en su primer encuentro tuvo él la imprudencia de colocarle en un dedo—, se sentía más cerca de él, amándole completamente. Sus cartas de enero y febrero de 1810 la

muestran absorbida por él como una Teresa de Ávila en sus amorosas visiones. Y no debe pensarse que a Goethe le fatigara esta adoración excesiva. La bebía igual que un gato la leche azucarada. No sólo da las gracias a Bettina (febrero de 1810), sino que, al no recibir una nueva expresión en el plazo de un mes, se inquieta y la solicita (10 de mayo de 1810); no se separa de las cartas de Bettina y las lleva en los viajes.

En tales condiciones vio Bettina por primera vez a Beethoven. ¿Qué razón hubiera tenido (sino la imperiosa verdad) para escribir a Goethe que se había enamorado de Beethoven y que la había subyugado, adoptando apasionadamente su causa, que no agradaba a Goethe, como pudo prever y como luego supo mejor?

Hago primero un resumen del famoso relato que Bettina publicó más tarde¹³.

Hace algún tiempo que está en Viena, en casa de su hermano Franz Brentano, que se ha casado con Toni Birkenstock, ambos fieles amigos de Beethoven y sostenedores de las nobles tradiciones de arte e inteligencia del suegro Birkenstock, amigo de Franklin y Robertson. Es el mes de mayo, un mayo ardiente: las cartas de Bettina a Goethe están llenas de la embriaguez de los jardines en flor, de los trastornadores perfumes que ascienden desde los invernaderos abiertos¹⁴. Bettina acaba de oír una sonata de Beethoven que la ha transformado¹⁵; quiere ver al músico. Todos la disuaden. Beethoven, dicen, es inabordable. Ni siquiera se sabe dónde vive. Bettina se empeña y se arriesga. Encuentra la casa. Entra¹⁶. Él está sentado ante el piano y no la ve. Ella se inclina sobre él y le dice al oído: «Me llamo Brentano».

Él se vuelve bruscamente, ve a esa linda muchacha, con sus ojos asustados que adivinan su pensamiento, sus mejillas encendidas y, cuando él le canta: *Kennst du das Land?*, su alma vibrante, su religioso entusiasmo. ¿Cómo no lo hubiera conquistado?

También ella fue igualmente conquistada. Bastante más que él.

«... Cuando le he visto, he olvidado el mundo entero. Cuando vuelvo a pensar en ello, el mundo desaparece... él desaparece...».

De tal modo está poseída por Beethoven que éste se ha transfundido en ella con su terrible soledad; ella se la apropia, y este desierto la quema. Entonces se refugia en la luz, en la ternura paternal de Goethe. Todo el comienzo de esta carta a Goethe (en el *Briefwechsel* de 1835) sería materia de estudio para los psicoanalistas. Hay allí un impresionante fenómeno de médium. Bettina era un alma que bebía las ondas eléctricas¹⁷ de las almas cargadas de genio. Y había tenido la suerte de sorprender a Beethoven en plena crisis de pasión y de trance creador (de *raptus*, como él dirá al día siguiente, cuando ella le recuerde las palabras pronunciadas)¹⁸.

La conversación se prolonga, porque Beethoven, seducido, no deja a Bettina, la acompaña a casa de los Brentano, la lleva de paseo, y Bettina, fascinada, todo lo olvida por él: «la sociedad, las galerías, los teatros y hasta la torre de San Esteban...». Entre ellos se cambian aún grandes cosas, que más tarde ha puesto en duda Schindler, por la inocente razón de que Beethoven nunca le habló de ellas. Pero Schindler no era Bettina, y cuando Beethoven, ya viejo, le hablaba, veía el rostro

obsequioso y lúgubre del *famulus* con aire sempiterno de suspirar: «¡Llueve!»¹⁹. Los *famuli* no inspiran a los poetas. ¡Que se contenten con la prosa!

Pero dejo para otro estudio, de carácter más específicamente musical, la discusión de estos pensamientos de Beethoven, referidos por Bettina. Lo que aquí nos importa, para la historia de las relaciones entre Goethe y Beethoven, es la exactitud de los hechos y la sinceridad de las impresiones de Bettina. Y no hay duda alguna respecto a una y otra. A falta de las cartas de Bettina a Goethe (en el *Briefwechsel* de 1835) y al príncipe Hermann Von Pückler-Muskau, que pueden discutirse, ya que su publicación fue tardía, la indiscutible carta al joven Alois Bihler, del 9 de julio de 1810, establece la absoluta verdad de su encuentro con Beethoven y la fulminante impresión que le produjo. A pesar de su extrema fealdad —que chocó a Bettina más que a nadie, siendo causa de que esta mujer, siempre enamorada de la belleza, no pudiera estarlo con respecto a Beethoven—, queda fascinada con la primera mirada y para siempre... *Ich habe diesen Mann unendlich lieb gewonnen...* («He sentido por este hombre un amor infinito...»). Lo que la conquista es la soberana grandeza (*Herrlichkeit*) y la sinceridad (*Wahrheit*) sin igual de Beethoven en su arte. También su completa inocencia en la vida, donde se halla indefenso. Le indigna la manera que tiene el mundo de obrar con él. Desde este momento se consagra a su causa²⁰; ya veremos con cuánta lealtad lo defenderá, hasta contra quienes más interés tiene ella misma en guardar miramientos.

No es menos cierto que ella conquistara a Beethoven. La carta de Bihler nos confirma la asiduidad de